



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MICHELINE DUSSECK

El encantador de moscas

[fragmento]

Edición impresa

Micheline Dusseck, *El encantador de moscas* (2011)

En

Micheline Dusseck (2011), *El encantador de moscas*.
Sevilla : Ediciones Albores. (pp. 213-220)

Edición digital

Micheline Dusseck, *El encantador de moscas* (2015)
Fragmento

Mar Garcia (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Diciembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



El encantador de moscas

Micheline Dusseck

Existe una clase de individuos que tienen la capacidad de adaptarse a cualquier circunstancia. Tienen en un grado tan elevado el instinto de conservación que una tribulación, insuperable para el común de los mortales, les convierte en seres dúctiles o versátiles según la actitud que exija cada situación. Son personas que, al enfrentarse a esos momentos en que su vida se halla amenazada, son capaces de resistir hasta límites insospechados, de poner en marcha todos los recursos de su inteligencia para sobrevivir. Esa forma de comportarse de ciertos especímenes del género humano explica su resistencia a situaciones de extrema privación como la esclavitud, el exterminio perpetrado por el nazismo, la sucesión de guerras sangrientas que causaron víctimas por millones. No hubo episodios de suicidios masivos que pusieran en peligro de extinción a toda una etnia o a una nación entera.

Juan era de esa clase de gente capaz de acomodarse a cualquier situación. Aunque no siempre en el buen sentido de la palabra. Sobrevivir no siempre equivale a vivir. A menudo se sale ileso físicamente hablando, pero la mente puede quedar trastocada para siempre.

Ante todo, Juan nunca pensó que pasaría más de unos días en la celda de la comisaría; tiempo que creía suficiente para que se aclarara aquel desastre. Pero resultó que no solo estuvo retenido cuando su compañera lloraba la pérdida de su hija, sino que tampoco pudo estar a su lado para el sepelio por hallarse privado de libertad, lo que lamentaba profundamente.

Durante todo el largo interrogatorio y los primeros días de separación, ¿qué de planes elaboraba pensando en María! ¡Cuán inmenso le pareció el cariño que le profesaba! Sabía que no se supera nunca la pérdida de un hijo, sobre todo en circunstancias tan dramáticas, pero se decía que sabría proporcionarle olvido con su amor; una nueva maternidad para distraer su pena y un apoyo moral indefectible. Cuando llevaba un mes de retención preventiva, aún esperaba expectante recobrar la libertad y, una vez fuera, recuperar el tiempo perdido, intentar convencer a su contratante de que faltó a la cita por un desafortunado error judicial, inverosímil colofón de un drama familiar. Aún estaba seguro de que la vida podría empezar de nuevo para los dos.

Como la dichosa retención preventiva se eternizaba, Juan empezó a preocuparse, a poner más atención a los dimes y diretes que circulaban a su alrededor, a aguzar el oído y a espiar a falta de fuentes de formación fidedignas. Así llegó a enterarse de que las autoridades suelen prohibir una incineración cuando interesa no destruir pruebas. En el caso de su hijastra, no fue así. Cuando comprendió Juan que ese pequeño detalle podría no ser un simple descuido, sino una estratagema en su contra, empezó a tener la mosca detrás de la oreja, a desconfiar del mismo sistema. “¡Aquí hay gato

encerrado!, ¿no lo ves?”, susurraba una vocecilla que emergió en su interior, haciendo crecer su poca perspicacia de siempre.

Ese astuto diablillo, su otro yo, tenía razón; lejos de mejorar, su situación se complicaba y nadie le daba fecha para el fin de ese encierro provisional, ni de su juicio. Las visitas de su abogado se espaciaban y eran más breves, hasta quedar en simples cumplimientos de un compromiso adquirido. El hombre no era lo que Juan vio en él cuando le fue presentado: alguien que sabía qué decir y en qué leyes apoyarse para defender su inocencia. Empezaba a comprender que, con semejante picapleitos, solo cabía esperar, adaptarse a lo que acaeciera y someterse a su suerte.

Si las fuerzas físicas de Juan se multiplicaron para resistir tan dura prueba, las de su espíritu, ya de por sí escasas, acabaron por desvanecerse por completo. Después de meses de interrogatorios interminables en las comisarías, de largos meses soportando el áspero trato en el ambiente judicial con jueces, fiscales y abogados, el no menos problemático roce cotidiano con otros penitenciarios, el oír cómo se le atribuían las más graves aberraciones, quedaba poco de ese Juan que gritaba su inocencia. Fue adaptando el concepto de sí mismo a la imagen que de él tenían los demás. Y puesto que ese perfil, como era de esperar, no era ni bueno ni cándido, Juan fue dejándose dominar por el astuto diablillo.

¿Acaso era un monstruo capaz de cometer las peores atrocidades en un momento de enajenación? Siempre se había considerado un tipo cabal. Un tanto holgazán pero de buenos sentimientos y conducta normal en un joven para los tiempos que le tocó vivir. ¿Acaso había zonas oscuras de su persona que ignoraba? ¿Y quién no? Al menos siempre las tuvo a raya. ¿O no?

La intervención de los profesionales que debían prestarle apoyo no tuvo el efecto deseado. Sino todo lo contrario; no hicieron más que aportar bases que alentaban y justificaban esa especie de escisión de su personalidad que se había iniciado. Juan seguía siendo el “supuesto” culpable, pero actuaba como si hubiera abandonado la partida para alinearse con sus enemigos y, como ellos, hacer lo posible para hundirse más a sí mismo en el oprobio.

— ¿Te han dicho en casa que sufriste alguna vez de episodios de sonambulismo? —le había preguntado el psicólogo—. Ya sabes; esos momentos en que, aun estando durmiendo profundamente, uno se levanta, deambula por la casa o sale a la calle y puede que uno haga cosas sin estar consciente de sus actos. Pregunta a tu madre. Tal vez ella lo sabe. Cualquier pretexto es bueno para acortar una estancia en la cárcel.

— ¿Sonámbulo, tú? ¡Puede que sí! Hay que ver las preguntas que me haces precisamente ahora. No tengo cabeza para acordarme de todos los detalles de tu infancia. ¡Como si no tuviera bastante en qué pensar! —había refunfuñado su madre cuando le hizo Juan la pregunta sugerida por el psicólogo. La atribulada mujer se decía a sí misma: —Si este muchacho no sienta la cabeza ahora, ¿cuándo lo hará, Dios mío?

[...]

— No son pocas las personas que padecen crisis de enajenación mental —añadía el facultativo, imperturbable. Como para inspirar confianza y desatarle la lengua a su paciente.

— Eso podría explicar tus olvidos.

— Le he contado todo lo que sé —protestaba Juan desanimado.

— Sí, pero me consta que hay personas que sufren crisis de ausencias durante las cuales llevan a cabo actos que luego olvidan completamente —había vuelto a la carga el psicólogo, ahondando en la hipótesis del sonambulismo que parecía obsesionarle—. ¿Alguien de tu entorno más cercano nunca te ha dado a entender que hiciste cosas que, sin embargo, ignoras cuándo y dónde sucedieron?

— Mi madre, con quien viví casi toda mi existencia, nunca me habló de ninguna anormalidad de este tipo en mi comportamiento.

— No me extraña. Siendo tu madre, no querría causarte más inquietud sobre tu estado de salud mental. Pero hizo mal en no abrirte los ojos. De haberlo hecho, te habría evitado estar donde estás ahora. No es nada de qué avergonzarse, son trastornos mentales. Precisan muchas sesiones de terapia pero acaban por dejar de producirse.

Después prosiguió el facultativo con una larga exposición de casos de esas pretendidas ausencias que se producen en individuos pertenecientes a algunas etnias. En esas sociedades no se consideran como enfermedad, sino más bien como un don del cielo, un medio para manifestarse las divinidades en el mundo de los mortales.

Como quien oye llover, Juan se había quedado observándole mientras desgranaba sus amplios conocimientos acerca de algunas prácticas religiosas de otros países. Habló de la santería de Cuba, del vudú haitiano, del candombe brasileño y de los cultos de tribus africanas. Si no fuera por las circunstancias en que se encontraba, podría interesarse Juan por ese relato del psicólogo, que le hablaba de personas que caían en trance, con el cuerpo desprendido del alma para ser poseído por el espíritu de un dios.

Durante la crisis, explicaba el psicólogo, esas personas, sumidas en la inconsciencia, llevan a cabo muchas acciones de la vida consciente; suelen bailar, comer, beber, hablar otros idiomas, reproducir la personalidad del espíritu que cabalga sobre ellos en ese momento. Como mensajeros del más allá, son capaces de presagiar el futuro, curar enfermedades del cuerpo e impedir males del espíritu de los practicantes de esos cultos.

— ¿No tendrás en tu familia algún antepasado originario de esas regiones? ¿Habrías podido heredar ese tipo de “poder”, es decir el don de servir de médium a alguna divinidad? —preguntó el facultativo.

Definitivamente, ese hombre se había propuesto exasperarle. Si no fuera porque de su informe dependía en gran medida una resolución favorable de su caso, lo mandaría a paseo, probando con él su nueva forma expeditiva de tratar a los inoportunos.

— ¿Pero no has dicho antes que durante esas posesiones llevan a cabo curaciones y predicciones, es decir, ninguna mala acción? ¿Has tenido acaso noticia de que también matan a sus semejantes? —apostilló Juan, que se contenía a duras penas.

— Creí que no me escuchabas —se burló el psicólogo, que jugaba a sacar al preso de sus casillas—. Tengo que admitir que en eso tienes razón, pero a veces esos posesos se lesionan, se cortan la piel, mastican trozos de cristales, se pegan con objetos contundentes. Dicen que esos derramamientos de su sangre son sacrificios que reclaman los dioses de ellos, sus elegidos. ¡Extraño, verdad! No he oído hablar de inmolaciones de seres inocentes, pero quizás será porque no han sido aún descubiertas por ningún investigador.

— No tengo ningún antepasado nacido en países donde practican esos cultos. De lo contrario, mi madre me habría informado de ello —cortó Juan.

— No obstante, no está de más que se lo preguntes. Puede ser muy interesante —insistió el facultativo—. Piensa que cualquier trastorno de conducta puede ser un alegato a tu favor.

— ¡Descuide! ¡Lo haré! —prometió Juan para poner fin a la pesada sesión. Pero una larva seguía apolillando su cordura.